

Joseph Roth

Job

Historia de un hombre sencillo

Traducción de Adan Kovacsics



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Hiob: Roman eines einfachen Mannes*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Adan Kovacsics, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-759-8

Depósito legal: M. 102-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte

- 11 Capítulo 1
- 24 Capítulo 2
- 33 Capítulo 3
- 47 Capítulo 4
- 58 Capítulo 5
- 66 Capítulo 6
- 83 Capítulo 7
- 99 Capítulo 8
- 118 Capítulo 9

Segunda parte

- 127 Capítulo 10
- 141 Capítulo 11
- 149 Capítulo 12
- 158 Capítulo 13
- 174 Capítulo 14
- 185 Capítulo 15
- 214 Capítulo 16

Primera parte

Capítulo 1

Hace muchos años vivía en Zuchnow un hombre llamado Mendel Singer. Era devoto, temeroso de Dios y común y corriente, un judío de lo más normal. Ejercía la simple profesión de maestro. En su casa, que consistía sólo en una espaciosa cocina, transmitía a los niños el conocimiento de la Biblia. Enseñaba con sincero afán y sin espectacular éxito. Antes de él, cientos de miles de hombres habían vivido e impartido clase de la misma manera.

Insignificante como su persona era su pálido rostro. Lo enmarcaba una barba cerrada de ordinario color negro. La barba le cubría la boca. Los ojos, grandes, negros, lerdos, estaban semiocultos por pesados párpados. Llevaba sobre la cabeza una gorra de reps de seda negra, tela que se usa a veces para la confección de corbatas baratas y pasadas de moda. El cuerpo estaba embutido en un caf-tán a media pierna, el habitual en el país, cuyos faldones revoloteaban cuando Mendel Singer recorría las calles y

golpeaban con aleteo duro y regular las cañas de sus botas de cuero altas.

Singer parecía tener poco tiempo y siempre metas urgentes. Desde luego, su vida era en general dura y a veces incluso un tormento. Había de vestir y alimentar a una mujer y tres hijos. (Ella estaba embarazada del cuarto.) Dios había dado fertilidad a sus entrañas, impasibilidad a su corazón y pobreza a sus manos. Estas no tenían que pesar oro ni contar billetes de banco. Aun así, su vida fluía constante, como un humilde arroyuelo entre áridas riberas. Todas las mañanas daba las gracias a Dios por el sueño, por el despertar, por el día que despuntaba. Cuando se ponía el sol, volvía a rezar. Cuando se esparcían las primeras estrellas por el cielo, rezaba por tercera vez. Y antes de irse a dormir, murmuraba una presurosa plegaria con labios cansados, pero fervientes. Dormía sin soñar. Su conciencia era limpia. Su alma, casta. No tenía nada de que arrepentirse ni había nada que deseara. Amaba a su mujer y se deleitaba en su carne. A sus dos pequeños hijos, Jonas y Schemarjah, los zurraba por desobedientes. En cambio, dispensaba frecuentes mimos y caricias a su hija Mirjam. Tenía ella su pelo negro y sus ojos negros, lerdos y mansos. Sus miembros eran delicados; sus articulaciones, frágiles. Una joven gacela.

A doce alumnos de seis años de edad impartía él clase en lectura y memorización de la Biblia. Cada uno de los doce le traía cada viernes veinte kopeks. Eran los únicos ingresos de Mendel Singer. Acababa de cumplir los treinta años. No obstante, las expectativas de ganar más eran escasas, acaso incluso inexistentes. Cuando los alumnos crecían, acudían a otros maestros, más sabios que él. La

vida resultaba cada año más cara. Las cosechas, cada vez más míseras. Las zanahorias menguaban, los huevos eran hueros, las patatas heladas, las sopas acuosas, las carpas flacas y los lucios cortos, los patos esqueléticos, los gansos duros y los pollos no servían para nada.

Así sonaban los lamentos de Deborah, la esposa de Mendel Singer. Era una mujer, y a veces le picaba la mosca. Se comía con los ojos los bienes de los ricos y envidiaba las ganancias a los comerciantes. Demasiado insignificante era Mendel Singer para ella. Le reprochaba los hijos, el embarazo, la carestía, los bajos honorarios y a menudo hasta el mal tiempo. Los viernes fregaba el suelo hasta dejarlo amarillo como el azafrán. Sus anchos hombros subían y bajaban a un ritmo cadencioso, sus fuertes manos frotaban cada tabla a diestro y siniestro y raspando sacaban la mugre negra, eliminada luego definitivamente por oleadas de agua que vertía el cubo. Como una ancha y magna montaña en movimiento se arrastraba ella por la habitación vacía pintada de azul. Fuera, delante de la puerta, se aireaban los muebles, la cama de madera de color marrón, los jergones de paja, una mesa pulida y reluciente, dos bancos largos y estrechos, cada uno consistente en una tabla horizontal clavada a sendas tablas verticales. En cuanto el crepúsculo asomaba a la ventana, Deborah encendía las velas, dispuestas en candelabros de alpaca, se llevaba las manos al rostro y oraba. Su marido llegaba a casa, vestido con sedosa ropa negra, el suelo lo recibía reluciente, amarillo como sol fundido, el rostro de Mendel Singer brillaba más blanco de lo habitual, la barba se presentaba más oscura que en los días laborables. Se sentaba y cantaba una cancioncilla; padres e

hijos sorbían entonces la sopa caliente, les sonreían a los platos y no decían ni una palabra. El calor inundaba la habitación. Emergía de las ollas, de las fuentes, de los cuerpos. Las velas baratas en los candelabros de alpaca no aguantaban y empezaban a torcerse. Sobre el mantel a cuadros de color azul y rojo ladrillo caían gotas de estearina que en un santiamén se endurecían. Se abría entonces la ventana, las velas volvían a cobrar fuerza y ardían pacíficamente hasta consumirse. Los niños se acostaban en los jergones cerca de la estufa, los padres se quedaban todavía sentados mirando con afligida solemnidad las últimas llamitas azules y dentadas que brotaban de las cavidades de los candelabros y tornaban a hundirse en suaves ondas, un juego acuático hecho con fuego. La estearina ardía lentamente sin llama, finos hilos azules ascendían desde los restos de las mechas carbonizadas hacia el techo.

–¡Ay! –suspírase la mujer.

–No suspires –le advertía Mendel Singer. Ambos callaban–. ¡Vamos a dormir! –ordenaba él.

Y empezaban a murmurar la plegaria nocturna. Así principiaba el sabbat al final de cada semana, con silencios, velas y cantos. Veinticuatro horas después se sumía en la noche que encabezaba el desfile gris de los días laborables, ristra de penas y de trabajos. Una tarde en plena canícula, hacia la cuarta hora, Deborah dio a luz. Sus primeros gritos interrumpieron la salmodia de los doce niños que estaban en clase. Se marcharon todos a sus casas. Comenzaron siete días de vacaciones. Mendel tuvo otro hijo, el cuarto, un niño. Al cabo de ocho días era circuncidado y recibía el nombre de Menuchim.

Menuchim no tenía cuna. Flotaba en el centro de la habitación, en un cesto de varitas de mimbre trenzadas sujeto con cuatro cuerdas a un gancho en el techo, cual lámpara colgante. Mendel Singer tocaba de vez en cuando ligeramente y no sin cariño ese cesto, que enseguida comenzaba a balancearse. El movimiento tranquilizaba a veces al bebé. En otras ocasiones, sin embargo, nada servía para frenar sus ganas de gimotear y de gritar. Deborah se subía a un taburete y bajaba al pequeño. Blanco, hinchado y colosal emergía el pecho de la mujer de la blusa desabrochada y atraía poderosamente las miradas de los muchachos. Deborah parecía amamantar a todos los presentes. Sus tres hijos mayores la rodeaban, ávidos y celosos. Se imponía el silencio. Se oía el mullar del crío.

Se estiraron los días hasta convertirse en semanas, crecieron las semanas hasta convertirse en meses, y estos, al llegar a doce, alumbraron un año. Menuchim seguía tomando la leche de su madre, una leche clara y acuosa. No conseguía ella destetarlo. A los trece meses, el niño comenzó a hacer muecas y a gemir como un animal, a respirar jadeando y a resollar de una manera nunca vista. Su enorme cráneo pendía como una calabaza del delgado cuello. Su ancha frente presentaba pliegues y rugosidades a diestro y siniestro como un pergamino arrugado. Sus piernas, arqueadas e inertes, semejaban sendos arcos de madera. Sus escuálidos bracitos se agitaban y zangoloteaban. Ridículos sonidos prorrumpían balbuceantes de su boca. Cuando le daba un ataque, lo sacaban de la cuna y lo sacudían de lo lindo hasta que su rostro cobraba un color azulado y él casi se ahogaba. Luego se recuperaba

poco a poco. Le ponían té recolado (en varias bolsas) sobre el demacrado pecho y le envolvían con tusílago el delgado cuello.

–No importa –decía su padre–, ¡esto le viene del crecimiento!

–Los hijos salen a los hermanos de la madre. ¡Mi hermano tuvo esto durante cinco años! –decía la madre.

–¡Ya se le irá con el paso del tiempo! –opinaban los otros.

Hasta que un día estalló la viruela en la ciudad, las autoridades prescribieron vacunas y los médicos irrumpieron en las casas de los judíos. Algunos se ocultaron. Mendel Singer, el justo, sin embargo, no huía ante ningún castigo de Dios. Aguardó tranquilo incluso la vacuna.

Era un día caluroso y soleado de verano cuando la comisión llegó a la calle de Mendel. La última de la hilera de casas judías era la suya. Con un policía que llevaba un libro grande bajo el brazo se adentró el doctor Soltysiuk, hombre de rostro moreno y bigote rubio y ondeante, de quevedos dorados sobre la nariz enrojecida, de pasos largos, con polainas de color amarillo chillón y con la chaqueta colgada al descuido, por el calor, sobre la camisa azul de tal manera que las mangas parecían sendos brazos añadidos, dispuestos también a poner vacunas, así se adentró el doctor Soltysiuk en la calle de los judíos. Lo recibieron los lamentos de las mujeres y los llantos de los niños que no habían podido esconderse. El policía sacó a mujeres y a niños de profundos sótanos y de altos desvanes, de diminutas cámaras y de grandes cestos de paja. Pegaba el sol y sudaba el médico. Debía vacunar a ciento sesenta y siete judíos, ni más ni menos. Por cado uno que

había huido o que no se podía encontrar daba las gracias a Dios para sus adentros. Al llegar a la cuarta de las casitas pintadas de azul, hizo una señal al policía para que no se esforzara tanto en buscar. Cuanto más avanzaba el médico, más intensos sonaban los gritos. El griterío se adelantaba a sus pasos como una premonición. El clamor de quienes esperaban con miedo se unía a las imprecaciones de los ya vacunados. Agotado y ya del todo confuso, se sentó soltando un profundo suspiro en el banco de la habitación de Mendel y pidió un vaso de agua. Su vista se posó en el pequeño Menuchim; alzó a la contrahecha criatura y dijo:

–Este niño será epiléptico.

Vertió miedo en el corazón del padre.

–Todos los niños tienen espasmos –arguyó la madre.

–No es eso –determinó el doctor–. Pero yo tal vez podría sanarlo. En sus ojos hay vida.

Se ofreció a llevarse al pequeño en el acto al hospital. Deborah estaba dispuesta a aceptarlo.

–Lo curarán gratis –dijo.

Pero Mendel respondió:

–¡Tú calla, Deborah! Ningún médico lo podrá curar si Dios no quiere. ¿Deseas que se críe entre niños rusos? ¿Que no oiga ninguna palabra sagrada? ¿Que coma leche y carne, así como pollo asado en mantequilla, que es lo que dan en los hospitales? Somos pobres, pero yo no vendo el alma de Menuchim porque su curación me pueda salir gratis. Nadie se cura en hospitales extraños.

Como un héroe estiró Mendel el brazo blanco y escaúlido para que se le pusiese la vacuna. Decidió suplicar la ayuda de Dios para su benjamín y ayunar dos días a la semana, lunes y jueves. Deborah se propuso peregrinar

al cementerio e implorar a los huesos de los antepasados que intercedieran ante el todopoderoso. Así Menuchim sanaría y no acabaría siendo un epiléptico.

Desde la hora de la vacuna, sin embargo, el temor se posó como un monstruo sobre la casa de Mendel Singer, y la preocupación comenzó a recorrer los corazones como un viento continuo, tórrido y punzante. Deborah podía suspirar, y su marido no la reprendía. Más tiempo de lo habitual ocultaba Deborah el rostro tras las manos cuando rezaba, como si de tal modo se fabricase noches para sepultar allí el temor y crease sus propias tinieblas para encontrar allí la gracia. Porque creía que, tal como está escrito, la luz divina resplandece en los crepúsculos y que su bondad ilumina la negrura. Sin embargo, los ataques de Menuchim no cesaban. Los hijos mayores crecían y crecían, su salud, como un enemigo de Menuchim, el enfermo, era ruidosa y maligna a los oídos de la madre. Como si los niños sanos cobrasen fuerza a través del achacoso. Y Deborah odiaba su griterío, sus mejillas coloradas, sus extremidades rectas. Peregrinaba al cementerio, lloviera o luciera el sol. Con la cabeza golpeaba las piedras areniscas cubiertas del musgo que había crecido de los restos mortales de los ancestros, de los hombres y mujeres de su familia. Imploraba a los muertos, cuyas respuestas tácitas y consoladoras creía oír. Camino de casa temblaba por la esperanza de encontrar curado a su hijo. Comenzó a descuidar sus tareas en el hogar, se derramaba la sopa, se rompían las cazuelas de barro, se oxidaban las cacerolas, se rajaban con un estallido seco los vasos de resplandeciente color verde, se oscurecía por el hollín el tubo de la lámpara de petróleo, se carbonizaba la mecha

y acababa convertida en una raquítica hilacha, la mugre de muchas suelas y de muchas semanas cubría las tablas del entarimado, la grasa se derretía en la olla, los botones caían secos de las camisas de los niños como hojas de los árboles en otoño.

Un buen día, una semana antes de las festividades solemnes (el verano se había convertido en lluvias y estas se disponían a transformarse en nieve), Deborah cogió el cesto con su hijo, lo cubrió con mantas de lana, lo puso sobre el carro del cochero Sameschkin y se dirigió a Kluczýsk, donde vivía el rabino. El asiento yacía suelto sobre la paja y se desplazaba a cada movimiento del vehículo. Sólo con el peso de su cuerpo conseguía Deborah estabilizarlo, pues parecía vivo, con ganas de saltar. El camino estrecho y serpenteante estaba cubierto por un lodo de color marrón plateado en el que se hundían las botas de caña alta de los transeúntes y también, hasta media altura, las ruedas del carro. La lluvia ocultaba los campos, dispersaba el humo sobre las chozas aisladas, trituraba con infinita y delicada paciencia cuanto cosa sólida encontraba, la piedra caliza que aquí y allá emergía como un diente blanco de la tierra negra, los troncos serrados al borde de la vía, las tablas apiladas y fragantes ante la entrada del aserradero, incluso el pañuelo de Deborah y las mantas de lana bajo las cuales yacía como sepultado Menuchim. Ni una gotita había de caer sobre él. Deborah calculó que le quedaban aún cuatro horas de viaje; si no cesaba de llover, habría de detenerse ante la posada, secar las mantas, tomarse un té y comer las rosquillas de granos de amapola que había traído y que también estaban empapadas. Todo eso podía costarle cinco

kopeks, cinco kopeks que no debían manejarse a la ligera. Dios, empero, se apiadó, y paró de llover. Un sol pálido, evanescente, emergió entre los presurosos jirones de nubes; duró apenas una hora; luego desapareció definitivamente en una nueva y más profunda oscuridad.

La negra noche se había posado sobre Kluczýsk cuando llegó Deborah. Mucha gente necesitada de consejo había acudido ya para ver al rabino. Kluczýsk consistía en un par de miles de casas bajas, con cubiertas de paja o de pizarra, y en una kilométrica plaza del mercado que parecía un lago desecado circundado por edificios. Los carros allí estacionados recordaban a embarcaciones abandonadas en el mar; diminutos y absurdos, se perdían además en la circular vastedad. Los caballos desenganchados relinchaban junto a los vehículos y pateaban con los cascos cansados el barro pegajoso que sonaba entonces como un chasquido. Algunos hombres recorrían con linternas amarillas la esférica noche, en busca de una manta que habían olvidado o de alguna tintineante vajilla con víveres. En las mil casitas alrededor se alojaban los recién llegados. Junto a las camas de los lugareños dormían en catres los enfermos, los encorvados, los paralíticos, los locos, los idiotas, los cardíacos, los diabéticos, los que portaban el cáncer en el cuerpo, los que vivían con los ojos afectados de tracoma, las mujeres de vientre estéril, las madres de hijos deformes, los hombres amenazados por la cárcel o por el servicio militar, los desertores que venían a pedir suerte en su huida, los desahuciados por los médicos, los desechados por la humanidad, los maltratados por la justicia terrenal, los preocupados, los anhelantes, los hambrientos y los saciados, los estafadores y los honestos, todos, todos, todos...

Deborah se hospedó en casa de parientes de su marido que residían en Kluczýsk. No durmió. Pasó la noche entera acurrucada junto al cesto de Menuchim en el rincón, al lado del hogar; oscura era la habitación, oscuro su corazón. Ya no se atrevía a invocar a Dios, demasiado alto le parecía, demasiado grande, demasiado lejano, a infinita distancia tras infinitos cielos, una escalera de millones de plegarias habría necesitado ella para agarrar una puntita de Dios. Buscó a bienhechores ya fallecidos, invocó a sus padres, al abuelo de Menuchim al que el pequeño debía su nombre, así como a los patriarcas de los judíos, a Abraham, a Isaac y a Jacob, y también a los huesos de Moisés y por último a las matriarcas. Allí donde una intercesión era posible, ella envió un suspiro por delante. Llamó a cien tumbas, a cien puertas del paraíso. Por temor a no poder acceder al rabino al día siguiente porque habían llegado demasiados suplicantes, rogó primero por tener la fortuna de entrar a tiempo, como si la curación de su hijo fuera entonces ya un juego de niños. Por fin vio las pálidas franjas del amanecer por las rendijas de los negros postigos. Se levantó rápidamente. Encendió las teas secas que yacían sobre el hogar, buscó y encontró una cacerola, cogió el samovar de la mesa, le echó las teas que ardían, le añadió carbón, agarró la vasija por las asas, se agachó y sopló de tal manera que las chispas saltaron y chisporrotearon en torno a su cara. Era como si obrara conforme a un misterioso ritual. Pronto hirvió el agua, pronto se preparó el té, la familia se levantó, se sentaron todos ante los recipientes de barro de color pardo y bebieron. Deborah sacó entonces a su hijo del cesto. El niño gemía. Lo besó rápido y muchas veces, con una ternura

frenética, sus labios húmedos chasqueaban sobre el rostro gris, las manitas delgadas, las piernas torcidas, el vientre hinchado del pequeño, como si golpeará al crío con su amorosa boca materna. Luego lo envolvió, ató una soga en torno al paquete y se colgó a su hijo del cuello para dejar libres las manos. Quería abrirse paso por la multitud ante la puerta del rabino.

Con un alarido agudo se abalanzó hacia la muchedumbre de los esperantes, con puños feroces apartó a los débiles, nadie pudo detenerla. Quien, alcanzado o empujado por su mano, se volvía hacia ella para reprenderla acababa deslumbrado por el dolor ardiente visible en su rostro, por su boca roja y abierta que parecía emanar un soplo abrasador, por el brillo cristalino de las grandes lágrimas que caían, por las mejillas de llameante color rojo claro, por las venas gruesas y azules en el cuello tenso dentro del cual se acumulaban los gritos antes de prorrumpir. Como una antorcha avanzó Deborah. Con un único y estridente grito tras el cual se produjo el silencio espantoso de todo un mundo muerto, Deborah se desplomó ante la por fin alcanzada puerta del rabino, estirando la mano derecha para aferrar la manilla. Con la izquierda golpeó la madera marrón. Menuchim se arrastraba ante ella en el suelo.

Alguien abrió la puerta. El rabino, una raya negra y delgada, se encontraba ante la ventana, dándole la espalda a Deborah. De repente se dio la vuelta. Ella permaneció en el umbral, presentando en ambos brazos a su hijo cual si fuese una ofrenda. Captó un destello del pálido rostro del hombre, que parecía uno con su barba blanca. Ella se había propuesto mirarle al santo a los ojos para asegurarse

de que realmente residía en ellos el poder de la bondad. Sin embargo, una vez dentro, su mirada acabó inundada por un mar de lágrimas, y vio al hombre a través de una oleada blanca de agua y de sal. El rabino alzó la mano, dos escuálidos dedos creyó ella reconocer, los instrumentos de la bendición. Eso sí, oyó muy cerca su voz, a pesar de que hablaba con un susurro:

–Menuchim, hijo de Mendel, sanará. No habrá muchos como él en Israel. El sufrimiento lo hará sabio, la fealdad bondadoso, la amargura benigno y la enfermedad fuerte. Sus ojos serán amplios y profundos, sus oídos claros y llenos de resonancias. Su boca callará, mas cuando despegue los labios, estos proclamarán el bien. ¡No temas y regresa a tu casa!

–¿Cuándo, cuándo sanará? –atinó a farfullar Deborah.

–Después de muchos años –respondió el rabino–, pero no me preguntes más, ni tengo tiempo ni sé nada más. No abandones a tu hijo aunque te suponga una gran carga, no lo apartes de ti, pues ha salido de tu vientre igual que un niño sano. ¡Y ahora vete!...

Fuera la dejaron pasar. Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos secos, sus labios entreabiertos como si sólo respiraran esperanza. Con la gracia en el corazón regresó a casa.